

EL DÉCIMO

Se levantó pronto, lo hacía así cada día, estaba acostumbrado a madrugar. Encendió la radio portátil y la dejó encima de la mesa del comedor. La cantilena del sorteo de Navidad le gustaba mucho, le servía de compañía y además le traía recuerdos de la infancia, cuando toda la familia lo oía alrededor de la mesa camilla del cuarto de estar.

No recordaba que le hubiera tocado nunca, a decir verdad nunca le había tocado, solamente alguna “pedrea” y algunos “reintegros” que le habrían servido para volver a intentarlo en otros sorteos.

Buscó en la cartera el décimo que días antes había comprado en la Plaza del Salvador, muy cerca de la Iglesia del mismo nombre donde a veces iba, más que nada, para descansar un poco y pensar en los azares de la vida.

La musiquilla del sorteo en la radio continuaba, 47225 - mil euros, 33490 - mil euros, 12027 - mil euros, 92518 - mil euros,.....

Miró el móvil que tenía en el bolsillo de la bata, para comprobar si alguno de sus hijos le había llamado. Si no lo había oído, tendría una llamada perdida. Pero no, no había llamadas perdidas, ni tampoco mensajes de entrada. Se preparó una taza de Cola-Cao con unas galletas. La musiquilla de la radio con los números premiados continuaba machaconamente, 22512 - mil euros, 77456 – mil euros, 60597 – mil euros,.....

Cuando estaba desayunando se hizo la siguiente reflexión: “Si me toca la lotería, el problema que se me viene encima es importante”. ¿Dónde guardaré el décimo hasta que lo cobre? ¿Qué pasará cuando mi familia se entere que me ha tocado la lotería? ¿Qué harán?, ¿Vendrán a verme a casa? Además hay otro tema importante que habrá que tener en cuenta, si la gente se entera que me ha tocado la lotería y que son cientos de miles de euros, me pueden secuestrar, me pueden robar, pueden amenazar a mi familia, a mis hijos, a mis nietos, para conseguir su objetivo. Luego hay otro asunto que puede crear conflictos, si al final decido repartirlo entre mis seres más queridos, he de ser extremadamente justo y a pesar de ello sé que va a haber envidias y enfados.

De repente un revuelo le sacó de sus pensamientos, las voces de los de la radio subieron de tono con emoción casi incontrolada, había salido un premio importante, era “**el Gordo**”. Los niños del Colegio de San Ildefonso cantaban con nerviosismo el número agraciado con la suerte, **62246 – cuatro millones de euros, 62246 – cuatro millones de euros, 62246 – cuatro milloooones de euuuuros.**

Echó una ojeada al décimo que tenía en el bolsillo de la bata y comprobó con sorpresa que era el mismo que los niños cantaban con tanta alegría, y que todos repetían una y otra vez. Tuvo el décimo entre sus dos manos durante un largo tiempo, pensando que tenía todo su pequeño mundo representado en aquel papel y que podía cambiarlo a su antojo. Miró de nuevo su teléfono móvil, no había llamadas perdidas, ni tampoco mensajes de entrada. Que él recordara, nadie le había llamado en los últimos meses.

Cogió el décimo con los dedos índice y pulgar de ambas manos y con pasmosa tranquilidad lo rompió haciendo multitud de pedacitos. Fue a la cocina y los tiró al cubo de la basura. Se acabaron los problemas, ya no habrá secuestros, ni amenazas, ni envidias, ni enfados. Pasaría la Navidad, como los últimos años, solo y sin sobresaltos. Puede que alguno de sus hijos le fuera a visitar, quien sabe, sería una sorpresa. Unas lágrimas furtivas le resbalaron por sus mejillas.

La musiquilla de los niños de San Ildefonso cantando los números premiados seguía sonando, 71529 – mil euros, 43 931 – mil euros, 08388 – miiiiil euuros.

Se vistió, cogió el bastón y salió a la calle. Sus pasos le llevaron al Comedor Social del barrio, donde comía habitualmente. La señora que atendía las mesas le dijo: Manuel, ¿le ha tocado la Lotería?, parece ser que ha tocado aquí en Leganés a mucha gente. Él le dijo sin inmutarse, que va, que va, eso siempre le pasa a los demás. La señora que atendía las mesas le dijo susurrándole al oído: **“Hoy tenemos lentejas, que a usted le gustan tanto”**. Él le contestó, **ponme un plato hasta arriba que hoy voy a rebañar. Tomó unas cucharadas y dijo “están muy buenas”**.